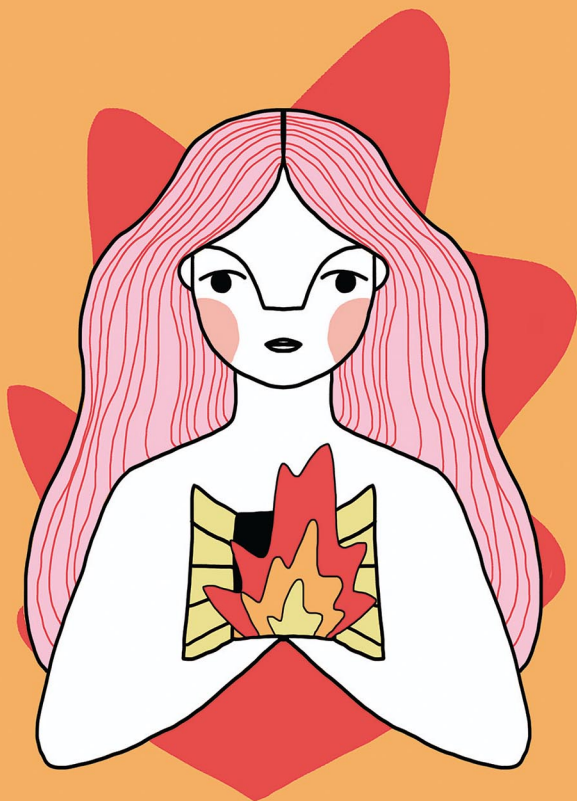




ELIANNE ELBAUM

El despertar de la maternidad

Un recorrido íntimo

EL GUARDIÁN LITERARIO

ELIANNE ELBAUM

El despertar de la maternidad

Un recorrido íntimo



EL GUARDIÁN LITERARIO

*Para mi mamá y mi tío Marito.
A mi viejo, a Forge, mi hija Mila y mi hijo Nico:
Gracias por hacerme la fuerte mujer
en la que ahora me convertí.*

*Gracias María Laura por aventurarte
a ser mi primera lectora y editora.*



Índice

<i>Prefacio</i>	11
<i>El retoño en las entrañas</i>	17
Capítulo 1 - Renacer	
<i>El parto</i>	25
<i>Nadie te dice</i>	29
<i>Me perdí</i>	34
<i>¿Quién es? ¡Soy yo!</i>	43
<i>Esa omnipresente culpa</i>	48
Capítulo 2 - Caos	
<i>El puerperio</i>	57
<i>Las dificultades y los placeres de lactancia</i>	61
<i>¡Qué mala madre!</i>	64
<i>El más profundo amor</i>	68
Capítulo 3 - Equilibrio	
<i>La carga mental</i>	73
<i>El síndrome de cenicienta</i>	79
<i>La tribu</i>	86
<i>Quiero ser CEO</i>	90
<i>El despertar de las madres</i>	94
<i>Bibliografía</i>	101

Prefacio

“La experiencia de la maternidad me radicalizó”.

Adrienne Rich

Todos los seres humanos sobre la faz de esta tierra vivimos en el vientre de una mujer antes de salir al mundo. Todos somos hijos de alguna madre. De aquí la importancia de mi objeto de estudio: la experiencia de la maternidad, como experiencia subjetiva. En realidad, vengo aquí a contarles sobre mi maternidad, cómo esta cambió mi forma de ver el mundo y cómo me motivó a buscar caminos para el activismo maternal.

En la comunidad científica se maneja el concepto de descubrimiento múltiple (también conocido como simultánea invención) que es la hipótesis de que descubrimientos más científicos e invenciones se realizan de manera independiente y, más o menos, simultáneamente por múltiples científicos e inventores. Este concepto creo que ilustra el momento histórico que estamos viviendo, en el que a las mujeres por primera vez se nos está permitiendo socialmente hablar con honestidad y franqueza sobre la maternidad. Es así que múltiples autoras, ilustradoras, poetas, cantoras, científicas, directoras de cine, periodistas, trabajadoras, entre otras,

estamos alzando nuestra voz, simultáneamente, en esto de las experiencias maternas imperfectas. Cada una desde su voz más auténtica.

Antes de ser madre jamás se me hubiera ocurrido escribir un libro y, obviamente, mucho menos sobre la maternidad. Pero esta nueva realidad me permitió entrar en contacto con una parte de mí única, inexplorada e incómodísima. La maternidad tiene mucho de incomodidad; es incómodo ver espejados nuestros más odiados atributos en nuestros hijos, la pérdida frecuente de la paciencia, la sensación de pérdida de control, la pérdida de libertad y, además, para las que queremos “triunfar” profesionalmente, nos pone en lugares de tensión todos los días.

Este libro nace en las notas del celular hace tres años cuando nació mi hija. Mientras ella lloraba de noche, a veces toda la noche, yo me cuestionaba cuándo todo “esto”, que aún no podía describir con palabras ni con sentires, iba a pasar. Pero este libro empezó a tener forma de narrativa a las tres de la mañana del miércoles ocho de enero de dos mil veinte mientras le daba teta a mi hijo más pequeño de cinco meses. Tener a mi segundo hijo me permitió, aunque más cansada y con menos paciencia, tener *insight* sobre todo lo que había vivido con mi hija, y muchos de esos sentimientos, que no lograba identificar, afloraron de nuevo. Esta vez me agarré más preparada, más consciente, menos abrumada y con un renacer creativo.

Maternar. Para mí maternar es la mezcla perfecta entre cuidar y amar, pero cada mujer lo combina de

modo diferente, desde diferentes lugares: con pareja, sin pareja, con pareja del mismo sexo, siendo en realidad abuela o tía, teniendo una discapacidad, sufriendo violencia, teniendo plata o pasando por situaciones económicas muy complicadas, teniendo ayuda doméstica, viviendo la vida en comunidad o completamente sola, de modo libre u obligada, viviendo la maternidad de modo comparativo o individual, con ambiciones profesionales o tal vez con el deseo de quedarse en casa con sus hijos, desde la vulnerabilidad o desde el empoderamiento, sintiéndome supermamá, aspirando a ser supermamá, entre muchas otras configuraciones interseccionales. Por lo tanto, todas las experiencias son radicalmente diferentes y, como tales, no podría jamás decir qué es bueno o malo, qué es conveniente o no y, menos aún, qué es lo que cada una debe sentir.

En mi caso tengo un gran compañero, con quien criamos a nuestros hijos, quienes son “sanos”, y gracias a él (y a mí) logré escribir este libro en el momento de la vida en el que me encuentro. A pesar de ello, muchas veces me sentí sola, desesperada y abrumada. Este es el lugar desde donde escribo, mi lugar de madre. Asimismo, desde mi lugar privilegiado de madre trabajadora de clase media alta, logro recuperar estos tiempos y reclamarlos para, justamente, escribir este libro y dialogar con una suerte de pensamiento abstracto que me permite (en algunas ocasiones, cuando el cerebro me funciona) teorizar sobre el rol de las madres y del pensamiento maternal en la sociedad moderna.

Pero, en general, soy una madre común y corriente, por lo que obviamente este libro no es un manual ni el manifiesto maternal (no pretendo ser Karl Marx). Despotrico de igual manera en contra del servicio materno obligatorio, como de la idea de que solo las mujeres no-madres pueden ser feministas. Me equivoco mucho, aprendo todos los días, miro mi celular mientras estoy con mis hijos, los dejo mirar pantallas y comer golosinas, lloran, se caen y se pegan, se hacen chichones, se enferman, pocas veces se enfrían y nunca pasaron hambre (pues al final del día soy una madre judía). Mi hija miente, tiene berrinches y es lo más *cool* del mundo. Mi hijo llora, no duerme y su sonrisa desdentada lo es todo para mí. Mis hijos lo son todo para mí, pero eso no me inhibe de contarles lo que hay más allá del amor, romper el tabú de que las madres solo podemos ser felices por nuestra propia naturaleza maternal.

Como decía Enrique Pichón Riviere: “Los seres humanos somos conscientes de las pautas y normas sociales, pero no somos conscientes de las pautas, modelos y prohibiciones ‘internalizadas’ mediante las cuales la sociedad se hace presente dentro nuestro”. Esta internalización se da mediante diversos mecanismos de control e integración social. La maternidad tiene muchos mecanismos de control expresados a través de mandatos sociales, los cuales pretendo visibilizar a lo largo de estas páginas, primero para hacer una catarsis de sanación, pero además para que, eventualmente como sociedad, podamos derribarlos.

Esta es una historia real, basada en hechos reales. Habla de mi sentir de madre. Por eso nada de lo que digo en estas páginas se puede (¿ni se debe?) medir ni comprobar. Pero lo más importante de todo es que este libro es un vehículo de reconocimiento a la labor que hacemos día a día, los trescientos sesenta y cinco días del año, sin licencias, sin vacaciones, sin hora libre ni medio día libre de funcionario público. Quiero que, a través de este libro, la madre y la casa se vean públicamente. Qué lo que sucede puertas adentro, corazón adentro, que se visibilice y que salga a la luz.

Para algunos, seguramente, lo que escribo sea en la voz de una mujer burguesa hipersensible y un sobreañálisis absolutamente innecesario. Tienen razón. Todo lo que digo, además de absolutamente inútil, tiene un gran sesgo basado en el hecho de que hoy en día tengo dos niños de menos de cuatro años. Este libro está compuesto de meras opiniones de una mujer que materna con sangre, sudor y lágrimas. Así que no crean nada de lo que digo. Hagan lo que sientan y sean felices, que para pararnos están los mandatos sociales recurrentes que nos taladran el inconsciente con que debemos hacer todo mejor, dar mucho más de lo que podemos dar y que nada de lo que hagamos será suficiente.

Si aún les quedan ganas de leer, a pesar de lo dicho anteriormente, y sienten que el positivismo tóxico ya no da para más, tal vez se encuentren asintiendo con la cabeza a lo largo de estas páginas, encontrando su camino de emancipación de las cadenas de mandatos sociales

para embarcarse en un proceso de deconstrucción que nos lleve de la mano, juntas, con consciencia de clase hacia el despertar de las madres.



El retoño en las entrañas

Esta vida que creo adentro
Me hizo volver a pensar y crear
Esta vida que tengo adentro
Me hace replantear
¿Es esta la vida que ahora tengo?

Decía la autora Erica Jong: “Ningún estado es tan similar a la locura, por un lado, y a lo divino, por el otro, como el estar embarazada. La madre se duplica, luego se divide por la mitad y nunca más estará completa”. Comparto completamente la visión. Estar embarazada es muy loco. Crecer un individuo adentro es increíble. Verle en las ecografías y sentirle moverse es realmente sensacional.

Nuestra niñez es donde comienza la maternidad y el embarazo es su prefacio. Te va preparando poco a poco para compartir tu cuerpo (y todo tu ser) con otro individuo. Esto no termina en el embarazo, de hecho continúa por mucho tiempo más. ¿Se entiende que un ser humano sale de tu cuerpo al cabo de 40 semanas, más o menos? Es muy bizarro. Desde nuestra posmodernidad en la que nos creemos civilizados, en el medio del siglo XXI en la mayoría de los casos, las mujeres nos embarazamos, gestamos en nuestros úteros y nuestras almas a los futuros humanos y luego los parimos. ¡Me siento prehistórica!

He escuchado las cosas más bizarras sobre las clases de parto. Por ejemplo, estas mujeres que parieron y que son supuestamente profesionales le dicen a otras mujeres embarazadas que si sienten un “olor a churrasquito y ven humo” durante la cesárea no se asusten, porque te queman la piel y podés llegar a sentir ese olor. Además te muestran un bebé masivo, intentando informar que algo de ese tamaño saldrá por algún lado. Como estas, un montón de cosas más que lo único que no hacen es prepararte para el parto, sino que te dejan con más dudas y miedos. En esas “clases” se inculca el miedo, esto siempre se usó como mecanismo de control por parte de un sistema que muchas veces nos quiere vulnerables, sintiéndonos que no sabemos nada y que debemos “aprender”.

Es sorprendente que en vez de sentarnos todas con nuestras parejas en un círculo a compartir y hablar de nuestras experiencias, no nos hicieran sentar a todas en fila como si estuviéramos en la escuela (del siglo XIX). Este tipo de dinámicas no ayuda para nada, es más, es contraproducente para sentirse empoderada o sostenida durante la gestación. Gracioso además que “pasen falta” como si al final del parto nos fueran a dar el carnet con las materias y las notas. Clase de parto: puede y debe mejorar rendimiento; parto: satisfactorio; lactancia: casi satisfactorio; conducta: sobresaliente (calladita y sin decir nada, ¡eh!). Y parece que hasta le tienen que firmar el “boletín” natal los padres. Es irrisorio.

De alguna manera la humanidad se ha reproducido y nunca antes necesitó de clases de parto ni de parto-

sutras. La división de trabajo y la especialización que ha tenido lugar en el siglo XIX, ha llevado a que existan servicios y carreras profesionales que estén al servicio de la mujer embarazada, pero al mismo tiempo en su contra. Clases de parto, pilates para embarazadas, doulas, yoga prenatal, consultoras de lactancia, de sueño, de alimentación BLW, de movimiento libre, meditación prenatal, masajes pre y postparto, entre otros servicios, han jugado roles a veces muy positivos en el acompañamiento del embarazo y otras veces, bastante negativos. En esto que maternamos solas, los roles que tradicionalmente cumplían las diferentes mujeres de la tribu, ahora los ofrece el mercado. A veces la lógica del mercado es algo perversa y no contempla los impactos en la salud mental de sus consumidoras.

Lo mismo la cantidad de controles y estudios a los que hay que someterse. Es realmente descabellado. Muchas veces se nos trata como si estuviéramos enfermas, cuando el embarazo es un estado “natural” en la mujer. En mi caso, di con el ginecólogo ideal (después de pasar por cuatro aterradores). Un tipo comprometido, presente, empático, excelente profesional y mejor persona, pero de todos modos no zafé de todos los controles, los exámenes constantes y la amenaza de la balanza cada menos de un mes. Tuve que hacer un gran trabajo mental de controlología para no entrar en pánico cada vez que tenía consulta. Elegí hacerme pocas ecografías, solo las necesarias, me convencí de que ya tendría tiempo de conocerlos.

En mi segundo embarazo, por ser madre añeja (de treinta y cinco), tuve que hacer aun más exámenes y estudios de carácter genético. Muchas veces me planteé, de existir algún problema con el bebé en la panza, qué podría yo (o el médico) hacer. ¿Podría llegar a abortar? ¿Estaría preparada para hacer algo así? Si bien estoy absolutamente a favor de la despenalización del aborto, no sé si yo podría haber abortado. Esto es tan particular en cada mujer que me es imposible afirmar algo que nos represente a todas.

Lo que sí sé es que el embarazo es algo muy personal, pero de alguna manera la gente cree que es de todos. Se sienten con derecho a tocarte la panza, a hacer preguntas superíntimas, a presionarte para que hagas ciertas cosas o no las hagas. Te examinan, opinan sobre tu cuerpo: si estás gorda o flaca, linda o fea, afectada o no por las hormonas. Es indignante. ¿Por qué está opinando, señora? Realmente, nadie le preguntó.

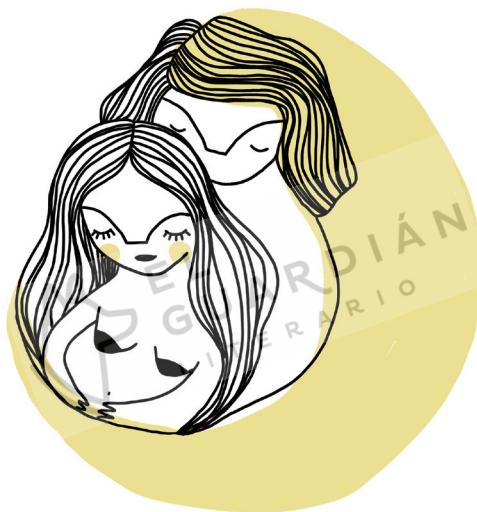
Lo otro que me parece brutal es la ansiedad de la gente. Cuando estás soltera te preguntan cuándo viene el novio (noten por favor que nadie te pregunta cuándo viene la novia o si realmente estás interesada en relaciones sexo-afectivas); cuando tenés pareja, cuándo viene el casamiento (nadie te pregunta si efectivamente creés en la institución matrimonial o si la creés necesaria como mínimo); cuando te casas/juntas todos te preguntan para cuándo encargás (nadie te pregunta si querés y/o podés tener hijos); cuando tenés al primero todos te pregunta cuándo viene el segundo (nadie te pregunta si

realmente la pasaste bien con el primero) y cuando tenés el segundo te preguntan para cuándo el tercero. Y así sucesivamente, en una espiral *ad infinitum*.

La maternidad es personal. Cada una la construye, o no, como puede y poco agregan las opiniones y preguntas. Por eso, cada vez que me encuentro con una embarazada, intento no preguntar, no atomizar, dejarla ser en su proyecto de maternidad. Sin opiniones ni pareceres, sino con la alegría y emoción de quien lleva a su hijo adentro, una sensación única y alucinante.



Capítulo 1



Renacer

El parto

Dícese del proceso por el cual nacieron mi hija y mi hijo y a través del cual renací yo. Me parí como madre, como pude. Por momentos sentí que estaba dando un examen, escuchaba una voz interna que me decía: “A ver como pare, alumna Elbaum..., no vaya a parir mal, mire que si no se saca doce no se la vamos a perdonar...”. Por momentos sentí que, entre los controles constantes y abrumadores del embarazo y mi yo interior lleno de dudas, exigencias y mensajes subliminales hechos de mandatos sociales, estaba dando una prueba en la que todos esperaban ciertos resultados.

Existe una idea colectiva que circula bastante en la sociedad, en el mundo de las ideas y en el mundo de las no-ideas, que es que cada mujer puede elegir el parto que “quiere”. Como si mágicamente pudiéramos decidir cuándo parimos, cómo y sentenciar el futuro nuestro y el de nuestros hijos. Y la verdad es que esto es erróneo conceptualmente ya que, si bien algunas privilegiadas podemos elegir en las condiciones que queremos parir, todas queremos hacerlo de modo humanizado, algunas

quieren partos en sus casas, otras en hospitales, otras hacer trabajo de parto en su casa y luego ir al hospital, etc., pero no podemos elegir cómo nuestro hijo saldrá de nuestro cuerpo, ni cuándo. Esto sucede de una manera que supera nuestra volición.

No podemos elegir el parto, nos toca lo que nos toca. Lo otro importante por destacar es que no hay parir bien o parir mal. No se dejen engañar. Todos los partos a través de los cuales se logra sacar al bebé para afuera del útero, logrando que tanto la mamá como el bebé gocen de buena salud, son buenos partos. No le crean a nadie que a través del poder de la atracción pueden atraer el parto que deseen con su mente. No pasa así. No se dejen humillar por haber parido por cesárea o por haber parido de una manera que no es la que “deberían” haber parido.

En el parto no hay “debes” en el parto está la brutal realidad en la que se deben asegurar tanto la salud del bebé como la de la mamá y por ello, a pesar de que queramos controlar, el control lo tendrán el destino (¿o Dios?), el bebé y el médico/partera tratante. Nuestros bebés deciden por sí mismos cómo quieren salir y cuándo quieren hacerlo: esas son las primeras decisiones que toman en sus vidas, de ahí en adelante empieza la aventura.

Lo impresionante es que existen mandatos sociales hasta sobre cómo debemos parir. ¿Se dan cuenta? La sociedad quiere dictarnos eso también. Algunas parirán como la normas sociales de su clase demanden y otras no. Las que no, les dará tristeza no haber podido parir

de acuerdo a los estándares. Aquí de las primeras “tristezas” que tenemos como madres primerizas: si aprobamos o no la prueba del parto.

Cuando estaba embarazada iba a una clase de pilates/parto que predicaba ayudarnos a empoderarnos para parir. La clase estaba buena, hacíamos pilates, hablábamos con otras mujeres embarazadas, pero se difundía un mensaje dañino que era que todas las mujeres tenían que parir naturalmente, porque somos “hembras” y las hembras saben parir naturalmente. He aquí el famoso mandato. Pare natural o no “aprobaras”. No solo naturalmente, sino sin analgesia, porque era necesario sentir el dolor para haber parido realmente, para vivir el momento único. Sin parto natural y sin dolor era casi como si no hubieras parido.

Resulta que esto no solo es mentira, sino que es además un mensaje peligroso. Gracias al avance de la ciencia y la medicina logramos disminuir la mortalidad infantil y maternal casi a cero. En el año 2019 en el Pereira Rossell en el Uruguay, hubo cero mortalidad maternal. Cero. Esto es impresionante. Para ello, obviamente, en los casos en que los partos naturales no son posibles (por miles de razones) hay que realizar procedimientos médicos que permitan asegurar que el bienestar, tanto de la mamá como del bebé, esté asegurado. Si bien hay más que eligen parir por cesárea, y esto también deberíamos respetarlo, la mayoría de las cesáreas se realizan como procedimientos para asegurar que no le pase nada malo ni al bebé, ni a la mamá.

En la cesárea te cortan al medio. Y en cuanto se te pasa la anestesia hay una expectativa de que inmediatamente te pares y cuides de tu bebé. Esto no es de débil, de no haber “sabido” parir, esto es fortaleza pura. Haber parido por cesárea es parir. No caigamos en la trampa. Haber parido por cesárea no quiere decir que no estés en contacto con tu “niña” interior, ni que haya nada malo contigo, ni por dentro ni por fuera. La cesárea duele. Durante y después, por meses y meses. Ahí tenés el dolor que tanto predicaban que teníamos que sentir para empoderarnos.

Es cierto que debemos empoderarnos y que no debemos dejar que nos infantilicen ni los médicos, ni las sociedades médicas, ni las enfermeras, ni las profesoras de pilates, ni nadie. El parto es un momento de vulnerabilidad absoluta: la desnudez, el descontrol, el dolor, la incertidumbre y, sobre todo, el miedo a que todo salga mal, que nos nuble y nos provoca gran confusión. Pero por eso aclaro aquí que parir es parir, como sea, como puedas, con las intervenciones necesarias para que todo salga bien. Y no sientas culpa por eso. Si podemos derribar este primer mandato, ya estamos un paso adelante.

Nadie Te Dice

Desde que fui mamá mi vida cambió por completo: de ser una persona independiente y soltera, pasé a ser una mujer con pareja y una hija. El cambio fue muy repentino y me tomó por sorpresa. No soy de esas personas que le teme al cambio, de hecho toda mi vida disfruté mucho de cambiar de hogar, de ciudad, de amigos, de disciplina, de trabajo y de todo lo que se podía cambiar. Lo que era permanente en mí era el cambio.

Pero este cambio no fue igual a los otros. Fue lo más intenso que hice en mi vida y entré en él con una ingenuidad de la que me arrepentiría por años. “Nadie te dice” lo que vas a perder por ser madre. Todos te dicen lo que vas a ganar. Y esto de la maternidad tiene de uno y de otro, tiene tanto de dolor y culpa como de amor eterno. Tiene de sabor amargo como del sabor más dulce. Tiene eso de estar conscientes y “desvelados” (en el sentido Marxista de la palabra), yo lo llamo “la revolución de las madres”. Un renacer.

Cual ave fénix, sentí que renacía como ser humano, con características que hasta el momento desconocía

sobre mí misma. Tanto lo bueno como lo malo emergió desde lo más profundo de mi ser al alejarme cada vez más de mi zona de confort. Este cambio además es irreversible, eso es impactante. Nada más de lo que hacemos normalmente en la vida es tan irreversible como esto. Créanme, intenté devolverlos un par de veces y, aun sin suerte, no tienen devolución ni cambio. Si concebimos la libertad como la ausencia de obligaciones, entonces la transición a la paternidad es un *shock* vertiginoso. Son la última obligación vinculante en una cultura que casi no exige ningún otro compromiso permanente.

En mi caso, me toca maternar sin mi madre ni mis abuelas. Mi abuela materna falleció cuando mi mamá tenía dieciocho años y mi abuela paterna cuando yo tenía catorce. Mi mamá falleció cuando yo tenía veinticuatro años. Lejos estaba de pensar en ser madre, recién me estaba reconciliando con el hecho de ser hija de esa gran mujer. Ella me pudo pasar mucha sabiduría sobre la importancia de la inteligencia emocional, elemento que tomo como el más fundamental para llevar adelante mi vida.

Especialmente una vida en la que, desde siempre, mis padres me insistieron en seguir mandatos, seguir normas y ser obediente. Tal vez por eso siento que a veces soy muy débil en mi voluntad de permitirme ser diferente y permitirme romper con lo socialmente obligatorio. Pero gracias a esa caja de herramientas emocional que me dejó mi madre es que, pocas, pero algunas veces, lo logro. Me dejó además las ganas de disfrute. El disfrutar

de la vida. Este punto es fundamental y creo que es lo medular que tengo para transmitirles en este libro. Darse el permiso para disfrutar del parto, del puerperio, de la maternidad; con todo lo ambiguo que sentimos, mismo en el medio de la tristeza y la angustia.

Desde que fui madre, la extraño cada día más. Pienso muy seguido en cómo es ser madre teniendo aún a alguien que te materne y te arrulle.

Mis referentes fueron mi tía y mi prima hermana con quienes he compartido cada instante de mi maternidad. De todos modos, creo vehementemente que mi sentimiento de soledad tiene mucho que ver con la ausencia de estas figuras femeninas claves. Siempre me imaginé una cadena de mamás que arrullaban a la siguiente: una acunando a otra, que acuna a otra, que acuna a otra y así sucesivamente en una suerte de cadena de madres-eslabones que sostiene, acuna y arrulla.

Más allá de mi historia personal, creo que muchas sentimos esa soledad aunque estemos acompañadas por nuestras parejas y familias. La soledad viene de la mano del peso de sentirse la única responsable por el bienestar del niño. Asimismo, en el puerperio, cuando aún no empezamos a trabajar, durante la licencia maternal, estamos todo el día con el bebé solas. Con un bebé que no comprendemos ni conocemos y esto es un peligro para la frágil y hormonal psiquis de la que recién parió.

La maternidad nunca fue pensada para vivirla sola, sin apoyo de una comunidad o tribu. Sin embargo, en la sociedad actual, es lo que nos toca a la mayoría. Algunas

la tienen peor, la soledad no es solo un sentir, sino también la fealdad de cada día: hombres que se van al instante en que se enteran de que la mujer está embarazada, otros que desaparecen si la cosa se pone complicada. Y nadie, absolutamente nadie, pregunta dónde está el papá.

Recuerdo hace poco una historia tristísima de una madre prostituta que tenía cuatro hijos, la más pequeña de tres o cuatro meses y la dejó a cargo de su hija mayor de trece para salir a trabajar, para obviamente mantener a sus hijos. Durante esas horas, la beba falleció de muerte súbita. Adivinen qué hizo la opinión pública. Crucificar a la mujer que acababa de perder a una hija y que había salido a trabajar porque estaba sola. Adivinen si alguien preguntó porqué el padre no estaba allí o si crucificó al maldito por ni siquiera existir.

Si hay algo que les pido a través de este libro es que seamos compañeras. Que dejemos de crucificarnos entre nosotras, de pensarnos como enemigas o competidoras y que entendamos que estamos todas remándola. Algunas la llevan mejor, algunas que tienen más dinero pueden hasta tercerizar su rol, pero de todos modos la culpa y la responsabilidad siempre recae sobre las madres y, por eso, unámonos para entendernos, para entender que todas estamos librando batallas y que de nada sirve culparnos entre nosotras por lo que la sociedad patriarcal y sus mandatos nos quiere responsabilizar y que si la criatura se hizo de a dos, la responsabilidad debería responder a eso.

Estamos todos llenos de crítica, de estigmatizaciones, listos para juzgar y prejuizar a los dos segundos. Esto es

algo en lo que vengo trabajando desde que tengo conciencia de ello. Y es lo que más me cuesta. ¿Cómo puedo deshacerme de mis preconceptos si me los grabaron con fuego desde que era niña? ¿Cómo puedo dejar de quejarme y de criticar tan fácilmente, sin saber por lo que están pasando los otros? Muchas veces en la ducha repaso mi día y pienso cuántas veces critiqué. La verdad es que hay días en que son muchas. Me duele bastante ser así. Lo sufro y por unos días ese sentimiento de disgusto por mí misma me hace no criticar, me hace ser más benevolente, pero con el tiempo me olvido y vuelvo al punto cero. Pienso: “¿Algún día lograré salir de ese lugar de liviandad y debilidad?”. Espero que algún día.

